



Catedral Primada de América

Viernes Santo 2024

Sermón de las 7 Palabras

QUINTA PALABRA

"Tengo Sed" (Jn. 19, 28).

¡Tengo sed! Es la súplica que se eleva desde aquel madero donde Jesús está clavado y colgado, para que se cumpliera la Escritura. Expresión de una apremiante necesidad física que en Jesús se magnifica por haber sido sometido a una tortura deshumanizante, de vejación y barbarie.

¡Tengo sed! Es el grito humano de un Dios que se ha sometido al sacrificio para la salvación de muchos y que no puede separar aquel sentimiento. Cristo traduce este clamor, en una fuente de vida: Él tiene sed de agua, pero más que una condición física, Jesús expresa *“las sequedades más profundas de nuestra vida: es sobre todo la sed de nuestro amor”*¹, como refiere el Papa Francisco, recibiendo a cambio el vinagre como símbolo del desprecio humano por la necesidad del otro.

¡Tengo sed! es el grito de muchos a quienes tenemos el desafío de ofrecer no el vinagre del desprecio humano, sino el agua viva que nos regala Jesús para saciar una sed que nuestra sociedad no ha podido superar y que nos interpela con este grito de Jesús en la cruz.

¡Tengo sed! La más breve de las palabras pronunciadas por Cristo en la cruz, nos provoca identificar de qué estamos sedientos y que puede revelarnos sorpresas interiores inesperadas.

Vemos personas marcadas por una auténtica sed de la verdad; sedientas de solidaridad, de justicia, de paz, y otras que se reconocen sedientas de santidad, sedientas de Dios.

Son ellas, las que con su sed se reflejan en las conocidas bienaventuranzas que resumen las enseñanzas del Maestro, y que en ocasiones contrastan con los valores limitados que a veces vemos en nuestra sociedad.

Hay otras personas que más que una sed, encarnan seducciones que les conduce a un accionar negativo allí donde interactúan. Su hedonismo les motiva a la propia

¹ Papa Francisco, *Ángelus* 12 de marzo 2023.



satisfacción, aún a costa de otros, que les mueve a compromisos de corto plazo y a un bajo nivel de responsabilidad social.

Vemos como nuestros niños, niñas y adolescentes están expuestos a espacios donde se promueve esta cultura del placer, apuntando a basar sus vidas en lo fácil, en la ausencia de obligaciones y responsabilidades, desconociendo, revelándose o rechazando los valores que gobiernan nuestra convivencia más sana.

Dicha situación tiene varios rostros responsables. En primer lugar, el proceso de debilitamiento de los valores familiares promovido por una agenda perniciosa, tan insidiosa que llega a inmovilizar el accionar político-legislativo ante el costo social que implica asumir una línea coherente con los valores familiares que caracterizan nuestra sociedad.

Le sigue un sistema educativo deficiente, permeado y marcado por una serie de falencias que se erigen como barreras en la promoción y desarrollo de nuestros niños, niñas y adolescentes.

También está la búsqueda irreprimitible de poder, la más dañina de todas, por cuanto comporta una encolerizada ambición que hace perder el sentido de lo esencial de lo que representa una verdadera vocación de servicio hacia la comunidad.

Allí está el germen de la corrupción económica que permea en nuestro entorno social y político. Queda expuesta en una presencia cada vez más aguda de grupos, que los especialistas económicos llaman élites extractivas, una minoría política y económica que, sin crear riquezas, se dedican a la articulación de métodos y técnicas para captar y extraer recursos públicos que deberían destinarse al desarrollo de políticas y programas sociales.

Para los autores de este nuevo concepto mediático, que aparece en una obra titulada “*Por qué fracasan los países*”², las élites extractivas tienen presencia en el mundo de las finanzas, de la economía, de la política, la justicia y los medios de comunicación.

De la mano con esta ávida ambición de poder aparecen las ansias por la fama, el afán de lucro, el protagonismo, el dinero, que diluyen la dignidad de la persona que se deja cautivar por estas. Nadie queda ajeno al riesgo de seguir estos falsos ídolos en su interior.

Es preciso recordar las palabras del Maestro que nos advierte “¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?” (Mt 16, 26).

² Acemoğlu et all, (2012), *Por qué fracasan los países*, Editorial Deusto, Barcelona.



Vivimos momentos de mucho dolor humano como consecuencia de ambiciones que conducen a grandes tensiones mundiales, reconfigurando una geopolítica en función de quienes, por un lado, se consideran las grandes potencias mundiales y, por otro lado, grupos radicales que impulsan división y odio entre pueblos y comunidades.

Vemos la situación de nuestro hermano pueblo de Haití, sometido al desgarramiento social y político que generan las ambiciones incentivadas. Son tiempos que demandan una respuesta solidaria y valiente, que respete la libertad y soberanía de nuestros países, que procure explicitar auténticamente y con firmeza los reales propósitos y agendas globales, regionales y como país.

La Doctrina Social de la Iglesia asume que el bien común reside en las condiciones de ejercicio de las libertades naturales indispensables para el desarrollo de la vocación humana, identificando como elementos de base: (i) Las condiciones sociales de paz, justicia y libertad; (ii) el conjunto de bienes materiales, educativos, religiosos; (iii) un sentido de equidad en el reparto de esos bienes; y (iv) una adecuada organización social.

Nuestro país está hoy sediento de un sistema que responda a los principios sobre los que se sustenta la proclamación constitucional que nos reconoce como un Estado Social y Democrático de Derecho, que tiene como fundamento la dignidad de la persona, fuente desde donde irradian los demás derechos humanos.

Esta sed se concretiza en la urgente necesidad de promover estructuras más justas y equitativas; de compromisos con el bien común, de promoción de los valores humanos, la defensa de la vida y la familia, en las que el accionar social y político esté sometido a valores éticos y morales que realzan un verdadero compromiso y vocación de servicio a los demás.

Nuestro pueblo tiene sed de un sistema educativo eficiente que promueva el desarrollo de la persona a través del conocimiento y la formación, de una clase profesoral responsable y comprometida en sembrar valores en el alma de nuestros niños, niñas y adolescentes.

Tenemos sed de un sistema de salud y seguridad social inclusivo, que responda a las necesidades de todos sin discriminación, que no descuide ni margine a nuestros envejecientes, necesitados de atención en esa etapa sensible de la vida.

Tenemos sed de una clase empresarial comprometida con los fundamentos del bien común y de buenas prácticas empresariales y de comercio, que no imponga condiciones de mercado que vulneren el bienestar común de las personas, que defina y ejecute una verdadera responsabilidad social que dé respuestas reales y concretas a la sociedad.



Hoy nuestra sociedad tiene una legítima sed de una clase política que se sienta cautivada más por los ideales de justicia que por el poder, que asuma procesos de transformación que apunten a la consolidación de una sociedad más justa y equitativa; que impulse una economía orientada hacia la creación de incentivos de progreso y de oportunidades para la mayoría, y que abra las puertas al verdadero desarrollo de la persona.

Tenemos sed de políticas medioambientales comprometidas con acciones concretas de protección de nuestro entorno en interés de prevenir, mitigar, corregir y compensar los impactos ambientales en nuestros limitados ecosistemas, promoviendo tecnologías más limpias y prácticas de una mejora constante de la gestión medioambiental.

Tenemos sed, de hombres y mujeres solidarios, que ejerzan una ciudadanía responsable, comprometidos con una convivencia pacífica y solidaria, que miren a los demás como hermanos, hijos de un mismo Padre.

Es el clamor de un Cristo sediento, colgado en la cruz, que espera una respuesta nuestra; que descubra y mire el grito de tantos a quienes les falta lo necesario para vivir dignamente; el grito de una sociedad que tiene grandes desafíos para seguir construyendo un verdadero espacio de convivencia social pacífica y de progreso.

¡Tengo sed! Es el clamor de un Dios que nos hace preguntarnos si somos capaces de entender y dar una respuesta a la sed de muchos. Es la suplica y necesidad de los más pobres, de los excluidos, de los pequeños inocentes a los que se les ha negado la luz de este mundo promoviendo leyes que atentan contra el derecho a la vida de los que se encuentran en estado de desarrollo silente y que hallan voz en aquella sed de Cristo en la Cruz.

Ya nos dice el Maestro: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." (Mt 25, 40).

Pedimos a María, Virgen de la Altagracia, Madre del Cristo sediento, desolada al pie de la Cruz, sin poder saciar su sed, rogar e interceder ante su Hijo por las necesidades de nuestro pueblo. Así sea.

D. P. Ángel Cano Sención: Quinta Palabra: Diácono de Parroquia San José de Calasanz, Distrito Nacional